

COINCIDEN LA FRANCESA HOFFNER Y EL ARGENTINO AGUIAR

# La ciudad, tema de dos reconocidos fotógrafos

Escribe  
Ana Martínez Quijano

La nueva galería Catena, un espacio de Palermo dedicado en exclusividad a la fotografía, inauguró la semana pasada las muestras de la artista francesa Marie Jeanne Hoffner y Arturo Aguiar, quienes con estilos muy diferentes abordan un mismo tema: la ciudad.

Ambos buscan el potencial estético, pero si las imágenes de Hoffner muestran los misterios de las megalópolis en la clara luz del día, Aguiar, por el contrario, explora la noche, con todo lo que tiene de melancólico e irracional. Los dos plantean enigmas. Hoffner proyecta unos edificios fantasmagóricos sobre las paredes traslúcidas de unos cuartos vacíos; Aguiar es un sensitivo espectador urbano, ingresa con su cámara a los espacios íntimos donde viven, trabajan y sueñan los protagonistas de sus imágenes.

En el texto del catálogo de Hoffner, el artista Leo Estol destaca la dificultad de situarse en una ciudad imaginaria e inestable, con «otras formas para la vida cotidiana, otros colores, otras relaciones entre cosas, entre personas». Los temas de Aguiar siempre han sido urbanos. La ciudad de Buenos Aires es el ámbito de acción, el gran escenario donde confluyen y se cruzan sus personajes. Es el flâneur de una ciudad cambiante y con rincones hospitalarios. Ante sus ojos entrenados, aflora una belleza que se torna visible por unos puntos de luz discontinuos y los coloridos destellos que alumbran retazos de la realidad. Pero se trata de una belleza especial, cercana a lo real pero imprecisa y en ocasiones manipulada, determinada no sólo por la oscuridad y la trayectoria azarosa de la luz, sino también por los recursos técnicos utilizados.

Frente a la chica trepada en una silla que espía a sus vecinos, los colores radiantes de la ropa colgada en una terraza o el pensativo muchacho de espaldas que mira por la ventana, se multiplican las posibilidades interpretativas. El largo viaje que emprendió hace años Aguiar hacia la no-

che comenzó con el diseño de unas lámparas que con su vaga luminosidad ya destacaban el encanto de los escenarios y de la oscuridad que los rodea y los exalta. Desde entonces, trabaja con la luz ambiental o la que proyecta a su parecer y, que, según sea el motivo, aparece suave y vacilante o con la fuerza de un resplandor.

La muestra se abre con la escalera de una casa de principios del siglo XX del barrio de Boedo, que bien puede verse como una metáfora del viaje hacia la noche que emprende el espectador. Tomada desde lo alto, la foto exhibe una abismal pendiente de escalones, a su lado está el laberinto de la baranda de hierro. Al igual que varias de las obras de Aguiar, la imagen tiene una condición abstracta, acentuada por un círculo de luz que brilla sobre la superficie de una pared, la geometría de la escalera y el diseño ornamental de la baranda.

La fascinación por la belleza de la arquitectura porteña está presente en varias de las series de imágenes dedicadas a las puertas y ventanas de casas antiguas, que utiliza como fascinante marco ornamental o como tema central de la composición.

Los personajes femeninos, cargados de artificio y maquillaje, son protagonistas privilegiados en la producción de Aguiar. La pasión por la belleza femenina queda a la vista en «Memento mori», título que hace referencia a los elementos utilizados en la pintura barroca para recordar la brevedad de la vida. Un desconcertante zapato rojo puesto en un rotundo primer plano, oficina de calavera, es el memento mori que agrega humor y contemporaneidad a la estudiada escena. El zapato se recorta sobre las sensuales piernas con medias negras de una joven dormida. Una pañoleta también roja abriga ese cuerpo que se acurruca en la cama y, sobre él, como si fuera un cuadro, aparece la ciudad con sus edificios bañados por una luz verdosa.

Esa luz, que en el interior de esa buhardilla adquiere tintes azules, y que junto a los brillos que recorren las curvas del cuerpo acentúan la



«Memento Mori» refleja la pasión por la belleza femenina y el gusto por explorar la noche de Arturo Aguiar, a diferencia de Marie Jeanne Hoffner, quien muestra los misterios de las ciudades a la clara luz del día.

teatralidad de la escena, conforma en gran medida el estilo del artista. Todo parece confabularse para crear un clima de ficción, y la imagen puede verse como el punto de partida de un relato fantástico. Hay símbolos, pequeños íconos, signos y minirrelatos que componen sabiamente la «intriga». Así, sus ficciones o puestas en escena fotográficas, revelan los desplazamientos y fusiones de la práctica artística actual.

«Hoy, los artistas inventan atajos», observa Estol. «Y un atajo no es más que una forma de poner en movimiento las ideas. Una forma de relacionar ideas. Las ideas siempre están buscando personas que las lleven a otro lado, como las semillas, ésas que vuelan por el viento o ayudadas por pájaros, hasta encontrar un lugar más próspero en donde crecer. El trabajo de Marie-Jeanne parte de esos azarosos vuelos».

En el barroquismo de las obras de Aguiar, «Cocina con aloe», «La cocina del artista» o

«Bodegón con azucena», se advierten las múltiples influencias y referencias a la pintura, la atmósfera es dorada y la luz se proyecta sobre los objetos en sombra con la agilidad de una pincelada. El tenebrismo de gran parte de las imágenes deriva de la reelaboración de las viejas relaciones que, desde sus orígenes, la fotografía ha mantenido con la pintura.

En las últimas fotos, el tema es la acumulación de objetos, al punto que la retina se resiste a registrarlos y percibe manchas abstractas que, como sucede con la pintura impresionista, cambian al acercarse o alejarse de la obra.

El conjunto de estos trabajos encierra una lección visual, pero el camino hacia el corazón de la noche tiene un tinte emotivo. El deseo del artista de encontrar el aura o «la manifestación irrepetible de una lejanía», el afán de arribar a lo «lejano», está encarnado en las imágenes. Y el aura tiene la dimensión del deseo.

## VISIONS OF THE CONSTANT NIGHT

*There is another world. It is inside this one.*

Paul Eluard

The images of Arturo Aguiar are unmistakable. They are the result of a constant exploration of night, of a delving into the nocturnal, of all things melancholic, mysterious and irrational. His work is like that of a hunter who stalks his prey with heightened perception, making use of his meticulous lens to capture the universe of forms, colors and reflections that remains hidden in daylight. His tool is intuition, a compass that allows the photographer to make his way into the uncertain terrain of darkness and then return with these visions, which seem straight out of imagination. Before his eyes – eyes that have learned to judge the depth of darkness - beauty blooms. It is a beauty that becomes visible in the uneven light and the colorful flashes that illuminate small cuttings of reality. But it is a unique beauty, one that is marked by something close to reality yet imprecise, determined not only by the darkness and by the random path of light, but also by the technical resources utilized by the photographer. In the shifty world of shadows, the habitual, routine aspects of daily life take on a new character; the things that make up reality reveal extraordinary qualities that often go unnoticed. When gazing upon these photographs, the meaning of these things becomes enigmatic, opening up into the vastness of imagination. When viewing the girl who has climbed up onto a chair to spy on her neighbors or the bright colored clothing that hangs out on a terrace or the boy taken from behind as he gazes out the window, multiple possibilities for interpretation unfold.

\*\*\*

In this work, the pleasure of the practice of photography - and of the search for its aesthetic potential - is evident. His themes have always been urban. The city of Buenos Aires is the sphere, the expansive setting where his characters come together and interact. Aguiar is the sensitive spectator of the urban night, sounding out existential issues with his camera and using it to enter the intimate spaces where the stars of his images live, work and dream. He is the flaneur of a changing city, one that is, to some degree, welcoming, a place that favors and contributes to his creativity. The show opens with “El descenso” [“The Descent”], the stairway of an old house in the neighborhood of Boedo that could be the metaphor of the journey into night that the spectator is about to begin. Taken from above, the photograph shows the abysmal incline of the staircase alongside the labyrinth sketched by the railing and, up ahead, a visionary circle of light. The fascination with the beauty of Buenos Aires architecture is present in the images of the doors and windows of old houses, which he uses as either an intriguing and ornamental frame or as the central theme within the composition.

The female characters, loaded with artifice and make-up, are clearly the stars of this production. His passion for feminine beauty is evident in “*Memento mori*”, a title that makes reference to the elements used in baroque painting to remind the viewer that life is short and that death is the great equalizer. A disturbing red shoe placed in an emphatic close-up serves as the skull; it is the *memento mori* that adds humor and a sense of the present to the scene in question. The shoe stands out against a pair of sensual legs clad in black stockings of a young woman asleep. A shawl that is also red

covers this body that lies curled up on the bed and above, like a picture, the city appears with its buildings bathed in a greenish light.

That light, which takes on bluish tones inside this attic, combines with the sparkles that cover the curves of the feminine body to accentuate the theatricality of the scene. This is, to a great extent, the way in which the artist's style is configured. Everything converges in this work to create a climate of fiction, and the image appears to be the first scene of a fairytale.

The figure viewed against the light and captured upon entering a splendid place in "La celebración" ("The Celebration") has the same narrative aspects. The mystery is attained by emphasizing the eloquent color red.

Suddenly, we are involved in the work; we want to know who these people are and what they do. There are symbols, small icons, signs and pint-size stories that wisely create the "intrigue" and the "suspense" generated by the images. Thus the fictions or the photographic *mise-en-scènes* reveal the movements and the convergences of the artistic endeavor.

\*\*\*

In the baroque ornamentation of "Cocina con aloe" ["Kitchen with Aloe"], "La cocina del artista" ["The Artist's Kitchen"] or "Bodegón con azucena" ["Still Life with White Lily"], the multiple influences and references to painting can be found. The atmosphere is golden and the light is projected onto the objects that lie in shadow with the litheness of a decisive brush stroke. The duskiness of a great part of the images results from reworking the old relationship that photography has had with painting since the very beginning – and that includes its poetic attributes.

In the final photographs, the subject is the accumulation of objects, an accumulation so severe that the retina refuses to continue registering the objects and begins to perceive abstract spots. As with impressionist painting, these spots change when the viewer moves towards the work or steps away.

As a group, these images offer a visual lesson, allowing us to imagine the hidden side of things from the threshold where the border between vigil and dreams becomes blurred. But the road into the heart of night has an emotive tinge. The images are wrought with the artist's desire to find the aura, "the unrepeatable expression of a distance," the desire to reach that which is "faraway." And it is in the dimension of this desire where the aura lies.

Ana Martínez Quijano